

Ateneo: El tiempo del Psicoanálisis y la dimensión actual del tiempo

Julio Moreno

“Los recuerdos no pueblan nuestra soledad, la hacen más profunda”.

Gustave Flaubert

En los humanos el recuerdo suple una propiedad de que disponen naturalmente los demás animales: para sentirse ellos mismos no necesitan el registro de la secuencia de sus vidas. Un león, una garrapata o una mosca, que sepamos, tampoco tienen problemas para saber si son ellos los que eran. Ni probablemente se hagan jamás esa pregunta.

Nosotros, en cambio, no disponemos de la continuidad que les da a los demás animales el natural *aturdimiento* (palabra que destaca Heidegger para nombrar el hecho de que su mundo se reduce sólo a lo que está instintivamente determinado: no pueden considerar al objeto en sí, en realidad están como *abiertos* a él). De modo que los animales no humanos no tienen porqué *excluir específicamente* –de acuerdo a pautas culturales o subjetivas– lo que no interesa. Esa exclusión, les viene algo así como “de fábrica”¹.

Tal vez cómo una suplencia del déficit de no disponer de tal *aturdimiento*, nosotros podemos capturar momentos fugaces y conservarlos en un catálogo de representaciones de lo vivido, una suerte de *álbum personal de recuerdos*. Quizás por ello en el epígrafe Flaubert dice que los recuerdos, que podríamos creer que nos llenan de objetos, no pueblan nuestra soledad ni reemplazan la *impresencia*² de aquello que

¹ Es más, la mayoría de los animales viven y se desarrollan sin que ningún congénere les haya enseñado nada (Capítulo 10 de “Ser Humano”, 2002, 2010).

² La *impresencia* alude a los efectos generados por lo no representado de presencias (Badiou, 1988; Moreno, 2002, 2010; ver también la palabra “impresencia” en el glosario). Ella no puede ser reemplazada por recuerdos. Impresencia y ausencia son términos distintos: la ausencia es el reverso de una presencia, la *impresencia* no tiene reverso ni pertenece al registro simbólico.

pretenden representar. Como solemos ver en la clínica de la disrupción hace falta un trabajo activo para convertir los recuerdos en una unidad homogénea que nos haga sentir Uno sin fisuras. Y no siempre tiene éxito tal emprendimiento.

La existencia del álbum de representaciones y recuerdos en nuestra mente tiene profundas consecuencias. Resaltaré dos. Primero, nos permite creer que somos todo el tiempo una unidad (o nos hace no cuestionarnos tal creencia). Nuestras experiencias son así consideradas *transformaciones* que ocurren en un devenir continuo. Eso es ni más ni menos la unidad cronológica a la que solemos llamar “nuestra vida”. Segundo, nos hace suponer que las diferencias irreductibles, lo singular de cada instante, se pueden subsumir en un continuo homogéneo que *cae en un tiempo que lo espera* (como lo llamaba Hegel) tiempo al que suponemos pertenecer o que nos pertenece.

Los recuerdos y el álbum, del que a veces nos sentimos autores y otras veces actores, nos permite concebirnos Uno, un *sujeto*, una entidad compacta.

Cuando Heidegger dijo que *los animales tienen memoria, pero no recuerdos*, quiso resaltar el hecho de que en eso se diferencian de nosotros: ellos no requieren del archivo de recuerdos para hacer continuo el transcurso de sus experiencias ni para *sentirse* “sujetos” que las aúnan. La memoria es supuestamente suficiente para que los no humanos aprendan algo de la interacción con su medio y para que los animales que viven en sociedad puedan reconocerse entre sí. Ellos parecen no requerir de recuerdos para *sentirse ser* ellos mismos. La diferencia entre memoria y recuerdo es un poco complicada. Son términos que han trabajado con esmero la neurobiología y la psicología cognitiva. Sólo haré al respecto esta aclaración: cuando me refiero a *lo animal* aludo a la llamada memoria sensorial y, tal vez, la procedimental de los neurobiólogos, y no la declarativa ni la semántica propias del humano. Además –y esa es una de mis conjeturas– nuestra capacidad de recordar viene a suplantar el déficit de lo animal del humano que nos caracteriza y que se pone en particular evidencia cuando nos hacemos la insólita pregunta “¿quién soy yo?” (Hofstadter, 2007).

Así como la araña teje su red alrededor de una mosca para inmovilizarla e ingerir sus jugos, el recuerdo *envuelve* cada circunstancia *singular* que vivimos haciéndonos creer que se trata de una *particularidad*, un número más de la serie que podremos almacenar como “recuerdo” en el archivo biográfico de nuestra vida³. De modo que el recuerdo de los signos que conmemoran la experiencia se transforma en un número contable de la cuenta psíquica que suponemos que *explica* nuestra existencia.

De no ser así, nos encontramos con problemas. Hay veces que la discontinuidad, el vacío de recuerdos, nos hunden en una inconmensurable soledad, notablemente reminiscente de lo que podemos pensar como la muerte. Esto puede quizás relacionarse con los efectos de la presencia perturbadora (¿ominosa?) de algo de uno mismo que no es de su propiedad.

Sabemos que cualquier experiencia que atravesamos consiste en mucho más de lo que nuestros recuerdos pudieron haber almacenado. Para recordar los fragmentos de una experiencia debimos *excluir específicamente* gran cantidad de sus aristas singulares. De modo que creamos que ella cabe dentro de paquetes (representaciones) a los que llamamos recuerdos pertenecientes a la enciclopedia de quién llamamos “sujeto”. Esa concepción es coherente con la formulación Hegeliana que la experiencia humana cae *naturalmente en un tiempo que la espera*. Lo que de la misma *no cae* en esa suerte de red que la espera, es excluido.

Esas exclusiones específicas son necesarias para “comprender” y para “recordar” la realidad en que vivimos como lo demuestran algunas experiencias de autistas: en ellos –como en *Funes el Memorioso*, de Borges– el exceso de información suele hacerles imposible tomar contacto exclusivo con un foco, atender. Funes y los autistas toman contacto con el medio, es más, muchas veces el problema es que toman *demasiado* contacto con detalles que suelen no entrar en lo que el mundo convencional sanciona como atendible. Como se ha dicho, en los autistas “las ramas no dejan ver el bosque”. Detectan tantos detalles que no distinguen el panorama general. Es por ello que nos causan intriga –y angustia– las versiones diferentes a las nuestras, que sobre experiencias vividas por nosotros aportan terceros que aducen haber estado presentes en ellas.

Por otro lado, cuando creemos aislar y encapsular un recuerdo, las singularidades de la experiencia que lo generó quedan tan improductivas como una foto más agregada a un álbum familiar. Esto, sin dudas, engorda la “enciclopedia” y al pretendido saber sobre nosotros mismos como sujetos, pero nos cierra el camino a aperturas diferentes. En sus inicios el psicoanálisis basó su proceder en la creencia de que el enriquecimiento de dicho archivo de recuerdos era uno de los más preciados *kernel*s de la cura: recordar lo reprimido y abreaccionarlo. Elaborarlo mezclando ese archivo oculto con el de la enciclopedia oficial fue la meta que tantas veces señaló Freud. Sin embargo, en mi opinión, el psicoanálisis no sólo trabaja haciendo recordar lo olvidado, sino también –quizá *principalmente*– haciendo emerger lo no articulable, lo que no es pura reviviscencia, lo que nunca tuvo lugar en el universo representacional. Incluso generando lo que ni siquiera existió para la cuenta psíquica. No repetimos sólo lo inscripto en nuestra mente (al modo de lo que llamo *repetición verificante*), sino también, y fundamentalmente, lo que no figura en el álbum de recuerdos, lo que quedó afuera de la biografía (lo que llamo *repetición de diferencias*). La meta sería *producir* lo que no se recuerda en un presente transferencial iluminado por el relampagueo de recuerdos deshechos.

En la repetición de diferencias lo que insiste es lo que para la cuenta psíquica no quedó registrado como conmemoración de lo ocurrido. Es necesario el registro, para que el acontecimiento tenga existencia histórica. Un signo, como monumento conmemorativo, ocupa en la cuenta psíquica el lugar de lo que fue. Así el régimen asociativo puede evocarlo y –esto es crucial– olvidarlo. En la repetición de diferencias no se repiten ese tipo de registros sino lo que no quedó representado en ellos, las *exclusiones específicas*.

Si bien en los trabajos de técnica de Freud quedan claros los objetivos y el mecanismo del recordar lo olvidado, no sucede lo mismo con el concepto de elaboración, *durcharbeiten*, concepto que –como sucede

con la mayoría de las referencias a lo económico que hace Freud en su obra— resulta un poco misterioso. La misma partícula *arbeit* (trabajo) forma parte de otras expresiones —como trabajo de duelo, trabajo de sueño y elaboración secundaria. Pareciera que en todos ellos se trata de un *bindung*, una ligazón de lo que irrumpe desligado. La revisión secundaria transforma el caos pictográfico del final del trabajo del sueño en un relato más o menos ordenado, secuencial y narrable. La *durcharbeiten* consistiría también en ligar, “hacer secundario”, al proceso primario que aprisionaba lo olvidado, lo nunca recordado, lo reprimido y lo suplementario no asociable.

Aun después de que la resistencia yoica ha sido vencida, lo que Freud llama elaboración implica el lidiar con la *compulsión a repetir*, con la insistencia de lo que él llamó “inconsciente” que no sólo trae noticias desagradables, sino que puede aportar elementos inconsistentes para el orden narrativo de la cuenta psíquica.

Repetimos las diferencias —dice J. B. Pontalis (1997)— como en los ensayos de teatro, pero en ausencia y vacío de todo texto. Repetimos lo fuera de texto, lo *incrustado* y no lo *impreso*. Lo capturado por la cuenta no se repite (excepto como *repetición verificante*, un modo de reasegurar la vigencia de lo que fue), sino que se evoca, se convoca, se lee. Es porque no tiene texto del que hablar que el habitante de esas situaciones repite lo no inscripto. *Repite diferencias* de las que no se habla y que, un Psicoanálisis debería hacer emerger.

Quignard habla de una “quinta estación”: “que es extranjera al todo del lenguaje, ajena al lenguaje como discurso, a todo pensamiento articulado”. Pontalis lo dice con claridad: “Lo que [los psicoanalistas] tratamos de alcanzar, de hacer venir, es lo fuera del tiempo”. La *quinta estación* está en el límite mismo del tiempo, *en su preciso borde*, es lo hueco y aún así lo que más importa. Lo que nos interesa, el fuera de *cronos* y de *logos*, lo excluido que se inmiscuye por doquier. Sin estar articulado, puede encontrar expresión *conectiva* en la transferencia. Manantial en el presente, fuente viva, que nunca se agota y que Freud llama *lo infantil*. Eso infantil que no corresponde a ningún lugar ni es asignable a ningún tiempo. Otro nombre de la *quinta estación* o de la repetición de lo inexistente. *La diferencia*.

Una experiencia puede transformarse en pura e intrascendente *repetición verificante*. Eso se logra tras desgastar las aristas espinosas de lo singular a través de recuerdos pasibles de ser *representados*. Algo que no podría provocar alarma alguna, puro mundo conocido, como un libro ya leído que no revelará otra incógnita que la de re-evocar (y, quizá, re-interpretar) lo ya sabido. Y ese proceso, aún siendo en algún momento necesario, crucial e inevitable, puede esterilizar la potencia renovadora de lo singular, del Dos como diferencia radical.

Cuando un paciente dice “me pasó algo intrascendente sin ninguna importancia”, nos comunica el aparente éxito de la telaraña de recuerdos en su función de limar las singularidades de lo que le ha sucedido. Podemos estar seguros que en ese decir *también* se evidencia el fracaso de dicha telaraña: lo que contará es el

emergente de una *conexión* que puede sacar a luz lo inédito, lo no comprendido o no acaecido.

El hilo tenso y continuo del tiempo cronológico desactiva a menudo la lógica del instante. Nuestra tarea ahí se hace imperiosa cuando surge una confusión, un cruce, una inconsistencia en dicho tiempo cronológico: cuando pasado, futuro y presente se confunden. Ese fracaso productivo de la máquina de recordar, es un punto particularmente jugoso en el trabajo de nuestro método. Una inconsistencia temporal que se constituye en eje central de la transferencia. Notable paradoja: los pacientes creen que vienen sólo a recordar y corregir experiencias. Se hace presente, sin embargo, algo de lo que ha sido *excluido específicamente*, de lo que no figura en su álbum personal de recuerdos al que hacíamos referencia. Eso que no figura, fue lo que debió excluirse específicamente para que los recuerdos sean representaciones catalogables sin perturbaciones del “ruido” circundante. Si el recuerdo hubiese *funcionado apropiadamente*, lo excluido específico de la cuenta psíquica *no se habría hecho presente*. Podríamos también haber dicho que no existió.

El éxito del análisis suele basarse no sólo (ni siquiera principalmente) en la re-emergencia de recuerdos olvidados sino –y fundamentalmente– en la conexión transferencial de lo excluido.

Entonces, ¿se repite para no recordar?, ¿o para hacer trabajar lo singular que escapó a de la telaraña asociativa de los recuerdos? Freud mismo parece dudar sobre esta disyuntiva. Dice, por ejemplo en 1914 que lo que se repite es

Todo lo que había incorporado [alguien] a su ser partiendo de las fuentes de lo reprimido... [y, por ello...] la enfermedad no es un hecho histórico sino una potencia actual.

En el mismo año, dice que en la etapa que llama entonces “la actual”, la labor interpretativa no opera a través de comunicar lo reprimido u olvidado. Se trata de disolver y hacer conscientes las resistencias: “dominadas ellas el paciente narra con facilidad sus recuerdos”. Nos queda la duda de qué es para Freud recordar lo olvidado y qué el olvido. ¿Se puede no recordar lo no olvidado? ¿Podrá el recuerdo ser una pantalla del olvido? ¿Podría quizás ser el *álbum* de recuerdos del *sujeto* algo así como una pantalla para detener la emergencia de lo no tenido en cuenta, de lo *específicamente excluido*?

Hay, en ese mismo trabajo del 1914 un aporte fundamental: aparece ahí una forma de recuerdo que no implica la narrativa de lo olvidado, no supone (ni al paciente ni al analista) en *posición trascendente* a la experiencia de la sesión. Es decir, como relatores fuera del campo del recuerdo. Su emergencia surge en *inmanencia*: la forma de “recordar” privilegiada ya no es la evocación de un fragmento olvidado, sino su *agieren*, su actuación (o actualización) en el seno mismo del vínculo paciente-analista. De modo que más que relatar un fragmento de historia, ésta se *hace* en sesión. ¿Se trata simplemente de la repetición del pasado? ¿O nos encontramos frente a una red de actualizaciones singulares y radicalmente nuevas en las que no se privilegia lo que ocurrió, sino aquello que *no ocurrió* en la historia del paciente y que ocurre acaso por vez

primera?

Podría pensarse que esto hace al trabajo analítico más difícil, pero en verdad lo hace más efectivo y convincente. Se trata nada menos que de la presentación de aquello que, desde el punto de vista de las representaciones puede *no haber ocurrido*, de lo que quedó *específicamente excluido* de la cuenta psíquica. La repetición que nos interesa en un análisis no es, ni puede ser, la vuelta de *lo mismo* reprimido o no (dicho sea de paso: no hay ni puede haber “lo mismo”, ni “repeticiones de lo mismo” aunque sí encubrimientos que hagan creer que sí), sino de lo que nunca fue significado, de lo radicalmente diferente. El retorno de lo no-reprimido, de aquello que el funcionamiento asociativo de la cuenta psíquica no pudo catalogar. La “nueva neurosis”, la de transferencia, tampoco es pura repetición. Es una creación novedosa y actual, en la que emerge –además de lo reprimido– material no significado del antes, del ahora y del después. Este “nuevo trabajo” comparado con el “antiguo y delicioso experimento de laboratorio” (como llamaba irónicamente Freud en 1914 a su forma anterior de concebir el análisis) puede parecer difícil y riesgosa. Sin embargo es crucial y le da la razón a la idea de que no existe análisis sin analista, ni analista sin transferencia.

Nuestra tarea no puede sino transcurrir en inmanencia lo que, entre otras cosas, nos diferencia de los historiadores. Ellos, por estar a cierta distancia de la escena, pueden observarla sin participar. Lo nuestro debe lograrse en inmanencia “en vivo y en directo” en un trabajo que ineludiblemente nos implica. Luego, el paciente y/o el analista podrán establecer *otra* narrativa. Podrán incluso hacer después, en posición trascendente, una *construcción* acerca de lo acontecido. Sin embargo, será conveniente que la congruencia de esa construcción no cierre las brechas vitales de sus inconsistencias.

El análisis cursa así por un doble tiempo lógico y un doble sentido. *Primero*, hacer que el psiquismo se libere de lo traumático recordando. Ligando lo no ligado a través del recuerdo y construyendo puentes asociativos donde no los hubo o donde quedaron rotos. Iluminando y develando lo escondido. Todo ello en beneficio de la estabilidad del sujeto. *Segundo*, hacer que emerja lo radicalmente novedoso, lo inconsistente, la zona dionisíaca de la oscuridad, los misterios, lo indescifrable. Todo ello es la zona productiva y humana por excelencia: lo que nunca aconteció o nunca se *supo* que ocurrió. El recuerdo puede contribuir a aclarar enigmas, pero también a cerrar brechas, y congelar lo productivo ligado al misterio y lo singular. El recordar y el saber suturadores pueden llevarnos a una suerte de *aturdimiento* animal protético, a una prematura y tétrica versión del *fin de la historia*: aturdirnos como animales con estúpida felicidad. Aun así, ese cierre ligado al significar puede ser en algunos momentos necesario.

Demás está decir que la primera etapa puede verse ayudada por la participación trascendente de parte del analista y del analizando: el relato “como desde otro lugar” de lo que pasó. Pero la segunda etapa sólo puede transcurrir, como toda genuina experiencia, en inmanencia. Es decir, sin relator ni narrativa; incluso, como veremos, sin que esté ahí presente lo que estrictamente llamamos “sujeto”.

Sólo me atrevo a mencionar un par de *interpelaciones* a los escritos de Freud sobre el tema de la

elaboración.

La primera: él consideró que lo inadmisibles, para el preconsciente, aquello sometido a las leyes del inconsciente. Lo que ya aconteció, quedó “guardado” y *como alma en pena no descansará hasta ser comprendido*. Se trata de *causas escondidas* en el inconsciente que analizando y psicoanalista –como arqueólogos– deben *desenterrar* para domeñarlas. En mi opinión, lo inadmisibles y perturbador no se circunscribe a lo “olvidado”, lo reprimido ni a lo puramente pulsional desde siempre hundido en el ello. Incluye también lo radicalmente nuevo, lo no admitido por incomprendible, por inconsistente o por inexistente para el mundo representacional. Nada se sabe de estos elementos hasta que, en un análisis o en una vida, la puesta en acto transferencial o vincular los trae a escena. Entonces, se presentan y se disponen –ahora sí– a una posible “elaboración”. De modo que la postulación de Freud acerca de las causas escondidas que mencionábamos, da cuenta de *mucho* de las *lagunas precoces* que él detectó en el pensamiento que llamó “normal”, pero eso no es necesariamente *todo*. Lo reprimido y lo indeterminado no cubren sus dominios entre sí. El sensacional impacto de la revelación de las derivaciones de lo reprimido que hizo Freud encubrió los efectos de lo que es disruptivo por ser inconsistente. Y ese hecho no deja de tener consecuencias clínicas. Yo noto que no raras veces los pacientes aceptan gustosos la interpretación de sus dificultades como provenientes de la repetición de viejas “cuestiones reprimidas”. Les resulta más espantoso tomar contacto con lo desconocido. La elaboración consta entonces de dos capítulos que siempre se entran pero quizá convenga separar. Uno, magistralmente descrito por Freud, consiste en la admisión consciente de las trazas del pasado emergente escondido: lo inconsciente. El otro, consiste en hacerle lugar a lo radicalmente nuevo emergente, lo que no es comprendido por nunca haber tenido lugar y/o por resultar inconsistente para la lógica asociativa de la cuenta psíquica.

La segunda interpelación que me atrevo a hacer a la obra de Freud en este punto es esta: la clave del fin de análisis (como final y como finalidad), no debería centrarse en *resolver* o *solucionar* antinomias. Sean estas entre consciente e inconsciente, entre pasado y presente, entre recuerdo y repetición, entre lo espiritual y la *vida desnuda*, entre lo interno y el afuera, entre lo sabido y lo ignorado o entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Menos aún se trata de la búsqueda de un término intermedio o una explicación magistral que, como una *ratio* pitagórica, pretenda cerrar el espacio abierto de la *ignorancia* de sus causas. La presencia de una cesura irreductible puede ser la fuente vital de la creatividad y de la transformación. Se trata de que quede suficientemente abierto el “entre” para que trabaje la “dialéctica en suspenso” de la que habló W. Benjamin. Es por ahí, por esas fracciones dionisiacas inacabadas por donde transcurre lo más trascendente del humano. Para tomar contacto con eso es necesario que se valore lo fragmentario, lo no domeñado del afuera. El paradigma de la modernidad, tiempo en el cual nació el psicoanálisis, tal vez influyó decididamente en la concepción de nuestra tarea centrada en la búsqueda de enigmas a solucionar. Lo cual, inevitablemente sella las brechas de las inconsistencias. Pero es bueno que sepamos que esta redondez pretendida, ese recuerdo certero e incuestionable, puede ser letal para el objetivo de nuestros tiempos. Porque por ese espacio *entre*, por la inconsistencia irresuelta, por la incógnita viva, abierta y no descifrada ni descifrable, por ese “signo

indescifrado” que, al decir de Hölderling¹, “somos”, emana la vida.

1. En el poema “Mnemosine” citado por Heidegger (1951) en “¿Qué Significa Pensar?”